

bre, sino que tomó la forma de esclavo: y sufrió voluntariamente las calumnias, los desprecios, los golpes, las salivas y la muerte mas vergonzosa. *Lo he visto, dice Isaías, y no había en él hermosura sin gloria; era despreciado y el último de los hombres, un hombre de dolores que conoce la debilidad, y su rostro era escupido y despreciado.* (1)

Estos dos caracteres de gloria y de oprobio no se encuentran repartidos en dos personas diferentes, separadas y que no tengan la una con la otra mas que una comunicación lejana: nó. En solo Jesucristo se encuentran reunidas la gloria mas perfecta y la humillación mas profunda, el poder más invencible y la debilidad mas abandonada: en Jesucristo los dos extremos se tocan, ó mas bien, se *compenetran* incesantemente sin confundirse; y al ver su Persona adorable podemos decir á cada instante con San Pablo: «Si está crucificado en la debilidad, está vivo por la virtud de Dios: *Etsi crucifixus est ex infirmitate, sed vivit ex virtute Dei.*» (2)

Mas no es solamente en Jesucristo en donde debemos encontrar esta maravillosa reunión de dos términos en apariencia contradictorios; porque el Salvador no es en medio de la tierra *un punto aislado* que no corresponde á nada y al cual nada corresponde, sino que como verdadero Hijo de Dios ve organizarse á su alderredor todo un mundo que sumerge en Él sus raíces á fin de buscar allí la verdadera Vida, que se edifica sobre Él como sobre una base inexpugnable,

(1) Is., LIII.

(2) II Cor., XIII.

le rodea como un glorioso cortejo y le corona como una diadema real. Y puesto que las obras de Dios, principalmente las del orden sobrenatural están siempre sapientísimamente ordenadas sobre el modelo de la *unidad* divina, es necesario que todas las cosas que son de Jesucristo, que le anuncian, le siguen, ó se refieren á Él de cualquiera manera que sea, lleven también los dos caracteres que contemplamos en Jesucristo nuestro perfecto ejemplar; el caracter de la debilidad y el de la gloria; de la gloria mas brillante y de la mas completa debilidad.

Esto es, en efecto, lo que la observación nos descubre.

Ved la doctrina de Jesucristo, tal como los escritores sagrados la han reproducido en nuestro cuádruplo Evangelio. No hay ninguna otra palabra tan grandemente inspirada; y cuando el alma ilustrada por la fé se ocupa en meditar estas sentencias admirables, reconoce en el Maestro que le enseña, Aquel que solo *posee las palabras de la Vida eterna*, (1) al que habla como teniendo toda autoridad y todo poder. (2) Las palabras de Jesucristo son como el cielo estrellado que se extiende sobre nuestras cabezas: á medida que nuestra vista espiritual se hace mas atenta y penetrante, descubre en ellas misterios siempre nuevos y verdades siempre mas extensas y sublimes.

Y sin embargo, ¡qué humildad, qué *pequeñez* en estas doctrinas sagradas! Las Epístolas de los Apóstoles aun que llenas del Espíritu Santo, dejan quizá to-

(1) Joan., VI.

(2) Matth., VII.

avía percibir al *hombre* que sirve de instrumento al poder divino; tienen á veces grandes movimientos oratorios, razonamientos mas sabiamente encadenados, expresiones mas inflamadas, divisiones mas complicadas y argumentos mas difíciles: cosas todas en donde el elemento *humano* parece quizá manifestarse aún. El Evangelio, por el contrario, sólo presenta á nuestras miradas una simplicidad perfecta sin ningún arte aparente y sin ningún artificio de lenguaje. Nada hay menos hábil ni menos sabio que el Evangelio: sus comparaciones están sacadas de las ocupaciones mas ordinarias de la vida cotidiana: y sus parábolas están enteramente desprovistas de esa gracia mundana cuyo falso brillo seduce tan fácilmente á los hijos del siglo. El hombre carnal está ciego por la simplicidad de la doctrina del Señor; y todos los días vemos cumplirse una vez más á nuestra vista las palabras pronunciadas por Jesucristo: *Os doy gracias, oh Padre mío, Señor del Cielo y de la tierra, porque habeis escondido estas cosas á los sabios y á los prudentes, y las habeis revelado á los pequeñuelos.* (1)

Considerad también á la Iglesia de Jesucristo. Todos los cristianos saben que la Iglesia posee en si misma los mas bellos esplendores que pueden consolarnos en nuestras tristezas durante este destierro, y hacernos esperar con paciencia la revelación de los goces del cielo. La Iglesia, siendo el cuerpo místico del Hijo de Dios, participa de todas las prerrogativas de su cabeza: participa de su ciencia, porque su doctrina brilla siempre inalterable en medio de las oscuridades

(1) Matth., XI.

y de los errores que son propios de las ciencias nacidas del hombre; participa de su poder, porque en vano los reyes de la tierra se reunen contra ella para oprimirla y destruirla, pues pasa con toda seguridad sin temer sus ataques: participa de su inmensidad, porque mientras las sectas humanas, los reinos y los imperios encuentran necesariamente límites que los detengan aun en sus ambiciones mas favorecidas, la Iglesia católica cubre toda la tierra desde el oriente al occidente. Participa de su eternidad, porque mientras que todo se desploma y mueve á su alderredor, ella dura desde el principio del mundo; y toda su duración ulterior hasta el fin de los tiempos no es mas que un rápido preludio de la vida sin ocaso que su Esposo le prepara en el cielo.

Y no obstante, ¡cuántas sombras acompañan y velan á los ojos de los hombres una claridad tan resplandeciente! La Iglesia desde su nacimiento es perseguida en la Judea, y á medida que crece, la persecución parece crecer con ella. El imperio pagano de Roma se esfuerza en encerrarla debajo de la tierra y exterminarla por medio de la espada y los suplicios: es calumniada, combatida, abandonada, traicionada y desgarrada; parece pronta á sucumbir á los ataques, y á ceder á la lisonja, á la mentira y á la violencia. La vemos hoy día con nuestros ojos abandonada por las potencias humanas á su debilidad aparente, y á punto de ser por segunda vez arrojada de su capital en la persona de su Jefe. Su *presente* puede servirnos para juzgar de su *pasado* y para conjeturar su *porvenir*. La Iglesia es como la barca de Pedro; siempre las olas del siglo parecen á punto de invadirla y nos obli-

gan á clamar á Jesucristo: ¡Oh Señor! salvadnos, porque vamos á perecer. (1)

Finalmente, si se necesita aun otro ejemplo, ved á los Santos de Jesucristo, aquellos que estando mas cerca de su Persona adorable forman á su alrededor como un cortejo de servidores y de amigos privilegiados. ¿No es verdad que los santos por su influencia, sus virtudes y sus oraciones sostienen á la santa Iglesia, y así á todo el mundo, al cual las llamas de la venganza divina habrian devorado probablemente largo tiempo ha, si los santos no estuviesen allí para detener al Señor en las obras de su justicia? ¿No es verdad que los santos, revestidos de una gracia inmensa y de todas las perfecciones que nacen de la plena posesión de la gracia, son en medio de nosotros como otro Jesucristo en quien las tres Personas divinas se dignan habitar con inefabiles complacencias? Tenía razón San Pablo de decirlo: (2) nuestro mundo pervertido no es digno de poseer en medio de sus vicios, estos huéspedes celestiales llenos de una admirable pureza.

Y sin embargo, ¿cómo han sido recibidos los santos por los hombres, á los cuales vienen á libertar de sus miserias? Ellos son tratados como el mismo Jesucristo: son acogidos por la indiferencia, la persecución y el desprecio. *Experimentan oprobios y golpes y también cadenas y prisiones. Son apedreados, despedazados, tentados, y mueren al filo de la espada. Andan errantes acá y allá, en la desnudez, la indigencia, la*

(1) Matth., VII.

(2) Qulbus dignus non erat mundus (Hebr., XI.

angustia y la aflicción; y huyen á las soledades, á las montañas y á las cavernas de la tierra. (1)

Los hombres, ciegos por sus propios vicios, se los envían muchas veces uno al otro, como unos juguetes de los cuales se sirven para contentar sus pasiones. Jesucristo es paseado como en espectáculo: ya pertenece á Judas, á Anás, á Caifás, á Herodes y á Pilato, ya á los soldados, á los judíos y á sus verdugos. Así, los santos de Jesucristo, son abandonados sin defensa á todos los que quieren usar y abusar de sus personas. No solamente parece que Dios no los defiende, sino que ellos mismos no se defienden, y por el amor de Jesucristo dejan que toda criatura los persiga, los injurie y los despoje, sin que piensen en vengarse mas que con la paciencia y con el amor mas tierno y perseverante.

Todas estas cosas y otras muchas semejantes, son dispuestas de esta manera á fin de que la cruz de Jesucristo no sea dejada. *Ut non evacuetur Cruz Christi* (2) Sobre la cruz donde espira el Salvador, triunfa de todos sus enemigos; pone en fuga á los demonios, destruye enteramente el pecado, gana los corazones de los hombres, se merece una gloria incomparable, y rompiendo las barreras antiguas reconcilia al cielo con la tierra. La hora de su muerte, es pues el momento mas santo y mas ilustre de su vida, y sin embargo, es también el mas doloroso y el mas triste, puesto que los sufrimientos de su cuerpo y de su alma llegan á los excesos mas terribles. En la cruz vemos resplan-

(1) Hebr., XI.

(2) Cor., I.

décer á la vez en Jesucristo el colmo del oprobio y el colmo de la gloria: y por esto, á fin de que esta dicha cruz, origen de nuestra salvación, no sea *eracuada* y llegue á hacerse inútil, sino que sea honrada por los homenajes de todo un mundo, todas las obras cristianas, y los mismos cristianos llevarán inamisiblemente el caracter de la cruz de su maestro, y siempre verán su poder y su esplendor vclarse bajo la pequeñez y el sufrimiento.

Ahora bien, en presencia de la debilidad que conviene á los cristianos y á su Jefe durante los siglos de la generación presente; no todos los hombres se portan igualmente.

Jesucristo, según las palabras del anciano Simeón, está colocado á la vista de los individuos y de los pueblos como un signo de contradicción: *In signum cui contradicetur.* (1) Si Jesucristo no presentase á los hombres mas que glorias y esplendores, todos, á lo que parece, deseosos de su propio bien, entrarían en gran multitud por los caminos anchos y fáciles que se les mostraban, mas el Salvador se les presenta desfigurado por las miserias que le oprimen, las cuales distribuye á los hombres y á las instituciones que le pertenecen. A esta vista las corrientes de la humanidad se dividen, como se dividen las aguas de un río contra una roca para correr separadamente en opuestas direcciones.

Hay muchos que al contemplar los oprobios de Jesucristo, no pueden creer que tantas humillaciones oculten la grandeza y el poder; déjense cegar por la

(1) Luc., II.

cuad que aparece en el exterior, y no comprenden el esplendor velado que Dios les manifestaría sin duda ninguna si su corazón no pusiese obstáculo á la ilustración de su espíritu. Esta ignorancia es culpable, y si no son ilustrados, en su voluntad es en donde deben buscar la causa de la ceguera que los abruma: son orgullosos y llenos de sí mismos y admiran todo lo que puede lisonjear á una alma vana y deseosa de los aplausos de los hombres. Según las palabras de Jesucristo, no pueden creer porque buscan la gloria humana. (1)

Trasportando por el pensamiento, en todos los que se rodean, los sentimientos viciosos de que están llenos, no comprenden cómo Jesucristo verdadero Hijo de Dios, se oculta y se humilla; no comprenden que humille á los suyos, y que estos abatimientos saludables son un gran favor con se complace en colmarlos. Rehusan pues creer, y á ellos deben aplicarse las palabras de San Pablo: *Está escrito: "Perderé la sabiduría de los sabios y reprobare la prudencia de los prudentes. ¿En dónde está el prudente? ¿en dónde el sabio? ¿en dónde el filósofo de este siglo? ¿No ha declarado Dios que es loca la sabiduría de este mundo?"* (2)

Otros por el contrario, como hijos de una esperanza mejor, no se espantan por las humillaciones con que nuestro Maestro se rodea y acostumbra rodear á sus siervos; é instruidos por la divina gracia que les enseña á humillarse en todas las cosas, y dóciles á esa

(1) Quomodo vos potestis credere, qui gloriam ab invicem accipitis? (Joan V).

(2) I Cor., I.

unción secreta que excede á toda ciencia humana, (1) no tienen dificultad en reconocer en Jesucristo un misterio que tantas veces han ensayado realizar en su vida. Los oprobios del Señor vienen á ser para ellos como una ligera nube que oculta un poco de la claridad deslumbrante del sol, mas sin poder extinguir ó disimular el brillo de sus fuegos centellantes. Sin espantarse por esas oscuridades que se presentan primero, marchan adelante animosamente en esa noche que es preciso atravesar para llegar á la luz; y cuando con su intrepidez la han pasado, inundados por los rayos de la Verdad viva, triunfan exclamando con San Pablo: Es verdad: para los que perecen, la palabra de la cruz es locura; mas para los que se salvan, es decir, para nosotros, es la virtud de Dios. (2)

Entre estas dos opuestas direcciones, nuestra elección, puesto que somos cristianos, no puede ser dudosa. Es preciso arrojar lejos de nosotros la desconfianza y la duda, y caminar adelante hacia los sublimes destinos que Dios nos prepara, sin espantarnos por las humillaciones que los acompañan: y puesto que deseamos la exaltación verdadera, la que nos hace verdaderamente grandes á los ojos de Dios, debemos buscarla lejos de todo esplendor humano, en el abatimiento de una humildad necesaria y saludable.

Si nos dejásemos conducir por los fulgores engañosos de la sabiduría humana, para llevar á buen fin la grande obra de la vivificación de nuestras almas, iría-

(1) Unctis ejus docet vos de omnibus.— Vos unctiorem habetis a Sancto, et nostis omnia. (I. Joan II.)

(2) I Cor., I.

mos á llamar á la puerta de esa ciencia mentirosa que se condena á la esterilidad rechazando la comunión de la cruz de Jesucristo: y á fin de hacer crecer esos gérmenes de bien que hay en nosotros, nos dirigiríamos sin duda á esas doctrinas humanas que se dan de buena gana tan bellos nombres á fin de cubrir su impotencia, y que se llaman: Filosofía, Ontología, Cosmogonía, Teodicea, Metafísica, Cosmología, Economía política . . . Quizá podríamos como otros muchos, tener alguna entrada en esos magníficos teoremas, resolver algunas de esas cuestiones y ocupar un lugar entre los famosos agitadores de esos ilustres problemas. Quizá entonces, llenos aún de nuestra pobreza primera, indigentes y hambrientos, privados de la gracia de Jesucristo, y por consiguiente, de Dios su Padre, crearíamos como tantos otros haber encontrado alguna cosa é invitaríamos á nuestros prójimos á gozar con nosotros de la inanidad vacilante, con la que estaríamos condenados á alimentarnos. Quizá después de habernos excluido á nosotros mismos de la entrada á la verdadera vida, pondríamos nuestro celo en cerrar á nuestros hermanos los caminos capaces de conducirlos á los pastos espirituales que Jesucristo nos promete en el Evangelio. (1)

Mas puesto que somos dirigidos por una sabiduría mejor, por el Espíritu de Jesucristo que hace nacer dentro de nosotros todas las inclinaciones que vemos

(1) Ego sum ostium: per me si quis introierit, salvabitur; et ingredietur et egredietur, et pascua inveniet. (Joan., X).

en Él mismo: cuando se trata de vivificar nuestras almas y de aspirar eficazmente á una verdadera santidad, vamos á San José, al humilde artesano de la pobre casa de Nazaret.

¡Cuánta oscuridad hay en una devoción tan contraria á ese orgullo que desde el pecado de Adán forma como uno de los elementos de nuestro ser! Compréndese la devoción hácia Dios, que es eterno, infinito, omnipotente, creador y vivificador de los mundos: compréndese también la devoción hácia Jesús, Salvador de toda la raza humana, rodeado de una Iglesia innumerable, y después de todo, verdadero Hijo de Dios. Compréndese también en rigor, la devoción á María, cuyas alabanzas no cesan de celebrar hace siglos las mil bocas de los fieles, cuyos oficios llenan todo el calendario litúrgico, cuya Concepción Inmaculada ha sido objeto de una definición solemne aceptada con entusiasmo por los Pastores y los fieles. El dirigirse á Dios, á Jesucristo, ó aun si se quiere, á la Santísima Virgen María, parece que no tiene nada que choque demasiado á las inclinaciones de los hijos del siglo: mas ¡dirigirse á San José! ¡qué cosa más contraria á las luces de esa sabiduría mundana que busca en todas las cosas brillar y distinguirse!

¿Quién és, pues, este José á quien presentamos como uno de los mas poderosos auxiliares en la grande obra de la divinización de las almas? José es un pobre artesano que vivia desconocido en una ciudad pequeña del pobre país de Galilea. José no es un conquistador cuyo nombre y cuyos combates hayan sido conservados en las historias; no es un filósofo autor de alguna secta célebre; no es un legislador, un poeta, ó un ora-

dor como Licurgo ó Solón, Homero ó Demóstenes: que José no es más que un simple carpintero que pasa su vida ignorada en un taller donde se ocupa en ganar su vida, y la de su Esposa y de su Hijo. Ninguno habla de él, ni se inquieta por él: no es siquiera nombrado en Tácito ó Tito Livio; y si exceptuamos las pocas palabras que leemos como de tarde en tarde en el Evangelio y en los escritos de algunos Padres, lo vemos durante largos siglos sepultado en la mas humilde oscuridad.

Mas después que *la Sabiduría de Dios ha sido ocultada en el misterio*, (1) por una admirable inversión de todos los datos de la ciencia humana, la debilidad ha venido á ser el principio del poder, y en la oscuridad es en donde yace la causa de la mas resplandeciente luz. La humildad de José no es ya una prueba de que no sea escogido para darnos la verdadera vida. Y puesto que descubrimos en él tantos privilegios admirables que desarrollaremos con la gracia de Dios en este libro, los velos que durante tan largo tiempo han ocultado este tesoro incomparable, deben ser para nosotros unas pruebas certísimas de los esplendores que le están reservados en el porvenir, y del poder que tiene en conceder una soberana asistencia á sus fieles siervos.

¿Quién sabe si este gran Santo, si este glorioso Patriarca será para nosotros en este día la fuente de una vida enteramente nueva? ¿Quién sabe si obtendremos

(1) Loquimur Dei Sapientiam in mysterio quae abscondita est. (I Cor., II).

en fin, por la eficacia de su protección omnipotente lo que hasta ahora hemos deseado todos los días de nuestra vida sin poder todavía adquirirlo ú obtenerlo!

Para engrandecer nuestra alma y *vivir* en fin, como conviene á los cristianos participantes de la vocación mas sublime, hemos recurrido á mil diversas industrias; hemos contado quizá con nuestros esfuerzos ayudados por los auxilios de la gracia, y hemos trabajado sin descanso y con ardor: hemos contado con los dones naturales que se nos han distribuido por la liberalidad divina, y hemos pensado que una naturaleza tan rica ofrecía á la gracia un maravilloso receptáculo á donde muy pronto se vería obligada á descender con una fuerza poderosa. Hemos dicho que la oración del justo penetraba hasta el cielo, y hemos orado sin cansarnos, muchas horas y muchos días: hemos recurrido á los Sacramentos, esos canales de los favores divinos; nos hemos humillado en la confesión de nuestras faltas, y hemos recibido muchas veces el Pan de vida que debía librarnos de nuestras debilidades: hemos implorado á Jesucristo, Libertador de los fieles; hemos invocado á María, Auxilio de los cristianos y Refugio de los pecadores. Mas ¡ay! todos estos esfuerzos prolongados por tanto tiempo, no nos han conducido todavía hasta el término feliz que nos mostraba nuestra esperanza; todavía somos tibios y cobardes, no vivimos aún de la plena vida de la gracia y estamos encorvados bajo el fardo doloroso de nuestros pecados.

Y sin embargo, ¡sería un favor tan precioso despojarnos ya de nuestras imperfecciones primeras, para dilatar libremente nuestro corazón bajo los divinos

rayos del Sol de Justicia, para crecer en la fuerza, en la luz y en el amor, y para sentir desplegarse en nuestra alma esa indomable energía y esos arranques de fé que hacen á los santos! ¡Oh Dios mío! que habeis rescatado á los hombres para inundarlos de los torrentes impetuosos de vuestra gracia! ¡cómo querriamos volar con libertad hacia los espacios infinitos que nos abre vuestra misericordia! ¡cómo deseáramos romper las cadenas de estos vicios que nos cautivan y volar desde esta vida hasta cerca de Vos para tener nuestra conversación sólo en el cielo!

Como el prisionero que desde hace veinte años languidece en su calabozo, lejos de las bellezas de la luz, así deseáramos, ¡oh Dios mío! ver descubrirse á nuestros ojos las riquezas de las regiones sobrenaturales; deseáramos conocer en fin, por una dulce experiencia, la primavera de vuestra gracia, toda esclarecida con esplendores admirables, llena de conciertos melodiosos y embalsamada de santos deseos! Mas ¡ay! nuestros pecados hasta ahora nos han encerrado en las tinieblas, y á pesar de nuestros esfuerzos y de nuestras oraciones, apenas si hemos sido visitados en la noche de nuestro sepulcro por lejanos rayos venidos del cielo. . . .!

No obstante, alentémonos; porque nos queda todavía el glorioso San José. Demasiado llenos del orgullo que nos había embriagado, no habíamos descubierto esta devoción mas oscura y mas escondida, que debe ser para nosotros origen de los mayores bienes! ¡Cómo pues, habríamos podido gozar plenamente de la vida que conviene á los hijos de la gracia celestial si no nos hemos todavía *humillado* por la práctica de un

culto tan contrario á las luces de la humana sabiduría! Descendamos, descendamos aún, pues en la noche mas oscura es donde yace el camino de la luz; en el silencio mas completo es donde se encuentra el camino de la ciencia; y en la humildad mas profunda es donde al fin encontraremos el camino feliz que nos conducirá sin error á la verdadera exaltación.

¡Oh glorioso Patriarca José! instruido de hoy en adelante por la gracia, pongo en vuestras manos lleno de confianza la dirección de mi vida y el cuidado de mi adelantamiento en la virtud. Haced resplandecer en mí ese poder que comenzais ahora por permisión de Dios á manifestar mas clara y magníficamente en la Iglesia. Tened cuidado de mis intereses; yo me abandono en vuestras manos. Dignaos perdonarme el olvido que he tenido hasta hoy de vuestra saludable intercesión; no mireis mi culpable indiferencia, y recibidme por vuestro hijo. El orgullo me cegaba y no podía comprender qué vida tan poderosa se encuentra oculta en la contemplación de vuestra persona augustísima, pero misteriosa y velada; y Dios, que se conduce en todas sus obras con una incomprendible paciencia, no quería arrancar de un solo golpe la soberbia que yo había dejado crecer culpablemente en mi alma. Mas en este día en que vengo á vuestros piés como el hijo pródigo, enseñado por la dolorosa experiencia de mis pobreza pasadas y de mi perseverante indigencia, dignaos perdonarme mi ignorancia é introducirme en fin en esa vida, en esa gran vida de que mi alma está sedienta, Dios lo sabe, tanto tiempo ha!

Obtenedme desde luego, oh Patriarca incomparable,


obtened para mí y para todos aquellos que deben leer este libro que escribo á vuestra gloria, una humildad verdadera sin ficción y sin doblez. Haced que comience yo desde hoy con el auxilio de vuestra pretección, á considerarme como el último de mis hermanos en todas las cosas, como el mas infiel, el mas culpable y el mas indócil á la gracia. Haced, os ruego, que en medio de los vituperios y de la contradicción de los hombres me ponga incesantemente con toda la sinceridad de mi alma siempre mas abajo de los reproches, aún los mas duros é injustos. Haced que en lugar de excusarme me acuse, y que piense verdaderamente, y sin engaño, que los que me condenan son demasiado indulgentes para con mis vicios, y que deberían, si lo supiesen todo, vituperarme con mas dureza. Todas las cosas os son posibles, si tomais en vuestra mano la dirección de mi alma; haced que sea yo repulsivo á mí mismo, y que me aborrezca en todo lo que viene de mí ó es mío, para no estimar ninguna cosa en mí si no son los dones de Dios que en su misericordia infinita hace descender algunas veces en los corazones mas rebeldes. No son estos deseos ni aspiraciones de la ciencia humana, bien lo sé; mas vos debeis despojarme en fin del hombre viejo para engendrar en mí al verdadero cristiano.

Espero también, que una vez establecido con vuestra ayuda, en esta firme detestación de mí mismo, os dignareis conducirme, aunque tan imperfecto como soy, ó mas bien, á causa y con razón de mi miseria, cerca de Jesús y de María, del médico de los enfermos, y de la consoladora de los pecadores; de Jesús, en quien se encuentran ocultos todos los tesoros de

ciencia y de la sabiduría divinas, (1) y de María, la Hija del Padre celestial, la Madre del Verbo encarnado, la Esposa del Espíritu de gracia; cerca de Jesús y de María, que estando unidos íntima é indisolublemente en el Amor, viven y reinan con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Así sea.



(1) In quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi. (Col., II).



SEÑOR SAN JOSÉ,
SUS GLORIAS Y PRIVILEGIOS.

CAPITULO I.

Necesidad de la devoción para con los santos.

Si queremos comprender bien por una ojeada general cuán necesario es el culto de los santos para nuestro adelantamiento en la gracia, no será inútil dirigir las miradas sobre la naturaleza material que nos rodea.

Verdaderamente, no sin un profundo misterio las Santas Escrituras nos presentan incesantemente las cosas sobrenaturales bajo símbolos diversos sacados del orden corporal. Si nuestro Señor y sus Apóstoles, y antes de ellos los Profetas y los historiadores del Antiguo Testamento, se han servido de estas *fi-*